

Capítulo 71

Como Moisés Oraba

Cuéntale tus problemas—“El Señor nos ha dado la promesa, ‘Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada’ [Santiago 1:5]. Está en la orden de Dios que los que llevan responsabilidades deben reunirse a menudo para aconsejarse uno con el otro, y para orar sinceramente por aquella sabiduría que sólo él puede impartir. Habla menos; mucho tiempo precioso se pierde en el hablar que no trae luz. Que los hermanos se unan en ayuno y oración por la sabiduría que Dios ha prometido a suplir deliberadamente. Cuenta a Dios tus problemas. Dile, como hizo Moisés, ‘No puedo dirigir a este pueblo a menos que tu presencia vaya conmigo’. Entonces pide aún más; ora con Moisés, ‘Muéstrame tu gloria’. ¿Qué es esta gloria?—Es el carácter de Dios. Esto es lo que él proclamó a Moisés.

“Que el alma en fe viviente aférrese en Dios. Que la lengua hable su loor. Cuando se encuentren juntos, que la mente reverentemente se torne a la contemplación de las realidades eternas. Entonces estarán ayudando el uno al otro hacia una mentalidad espiritual. Cuando tu voluntad está en armonía con la voluntad divina, estarán en armonía uno con el otro; y tendréis Cristo a su lado como Consolador”.—*Obreros Evangélicos*, p. 431.

Implorando por su pueblo—“‘Déjame que . . . los consuma’, fueron las palabras de Dios. Si Dios propusiera de destruir Israel, ¿quién podría implorar por ellos? ¡Cuán pocos no irían a dejar a los pecadores a su destino! . . .

“Pero Moisés percibía causa por esperanza donde solamente aparecía desánimo e ira. La palabra de Dios, ‘Déjame’, él entendió no de prohibir si no de alentar la intercesión, sugiriendo que nada sino las oraciones de Moisés podrían salvar a Israel. . . .

“Al interceder Moisés por Israel, su timidez fue perdida en su profundo interés y amor por aquellos con quienes él, en las manos de Dios, había sido el medio de hacer tanto. El Señor escuchó sus pleitos, y concedió su abnegada oración. Dios había probado a su siervo; había probado su fidelidad y su amor por aquel pueblo errante y desagradecido, y noblemente había Moisés soportado la prueba. Su interés en Israel no brotaba de algún motivo egoísta. La prosperidad del pueblo escogido de

Dios le estaba más caro que honra personal, más caro que el privilegio de llegar a ser el padre de una nación poderosa”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 328 (Véase también *3 Testimonios*, p. 328).

Tenía que tener ayuda de parte de Dios—“Moisés bien conocía la perversidad y ceguera de aquellos que estaban bajo su cuidado; sabía bien las dificultades con las cuales debía luchar. Pero había aprendido que para prevalecer con el pueblo, tenía que tener ayuda de parte de Dios. Suplicaba por una revelación más clara de la voluntad de Dios por una garantía de su presencia: ‘Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo’.

“La respuesta fue, ‘Mi presencia irá contigo, y te daré descanso’. Pero Moisés todavía no estaba satisfecho. Apresuraba en su alma un sentido de los resultados terribles si Dios abandonara a Israel a la dureza e impenitencia. No podría soportar que sus intereses se separaran de los de sus hermanos, y oró que el favor de Dios fuera restaurado a su pueblo, y que el signo de su presencia siguiera para dirigir sus jornadas: ‘Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?’

“Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre’. Todavía el profeta no cesaba implorando. Cada oración había sido respondida, pero él tenía sed por indicaciones mejores del favor de Dios. Ahora él hizo un pedido que ningún otro ser humano jamás había hecho: ‘Te ruego que me muestres tu gloria’.

“Dios no reprendió su pedido como presunción; pero las palabras graciosas fueron habladas, ‘Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro’ [Éxodo 33:12-19]. La gloria descubierta de Dios, ningún hombre en este estado mortal puede ver y vivir; pero Moisés fue asegurado que podría contemplar cuanto más de la gloria divina como él podía soportar. Otra vez estaba llamado a la cumbre de la montaña; entonces la mano que hizo el mundo, la mano que ‘arranca los montes con su furor, y no saben quién los trastornó’ (Job 9:5), tomó esta criatura del polvo, este hombre de fe

poderosa, y lo colocó en una hendidura de la roca, mientras la gloria de Dios y toda su bondad pasó delante de él.

“Esta experiencia—sobre todo la promesa que la presencia divina le atendería—fue para Moisés la seguridad de éxito en la obra que le quedaba adelante; y él lo contaba de valor infinitamente más grande que todo el aprendizaje de Egipto o todo lo que logró como estadista o líder militar. Ningún poder terrenal o destreza o aprendizaje puede suplir el lugar de la presencia constante de Dios”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 338 (Véase también *4 Testimonios*, p. 523).

Implorando más por la iglesia—“El corazón de Moisés se hundió. El había implorado que Israel no fuera destruido, aunque su propia posteridad podría entonces llegar a ser una gran nación. En su amor por ellos el había orado que su nombre fuera apagado del libro de la vida en lugar de que ellos fueran dejados a perecer. El había arriesgado todo por ellos, y ésta fue su respuesta. Todas sus dificultades, aún sus sufrimientos imaginarios, ellos echaban la culpa sobre él; y sus quejas malignas hacían doblemente pesado el cargo del cuidado y responsabilidad bajo los cuales él se tambaleaba”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 398.

Aún más súplicas por los desobedientes—“Moisés ahora se levantó y entró en el tabernáculo. El Señor le declaró, ‘Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos’. Pero otra vez Moisés suplicó por su pueblo. No podía concordar en que fueran destruidos, y él mismo hecho una nación más grande. Apelando a la misericordia de Dios, dijo: ‘Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia. . . . Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí’ [Números 14:12-19]”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 411.

Postrados sobre la tierra—“Moisés y Aarón todavía quedaba postrados delante de Dios en la presencia de toda la asamblea, en silencio implorando la misericordia divina por un Israel rebelde. Su aflicción era demasiado profunda por palabras. Otra vez Caleb y Josué vinieron al frente, y la voz de Caleb una vez más se eleva en triste sinceridad por encima de las quejas de la congregación: ‘La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo

de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis” [Números 14:7-9].—4 *Testimonios*, p. 151.

En el medio de más rebelión —“Moisés no había sospechado este profundo complot, y cuando de repente entendió su significado terrible, él cayó sobre su rostro en apelación silenciosa a Dios. Se levantó seguramente triste, pero calmo y fuerte. Dirección divina le había sido dada”.—*Patriarcas y Profetas*, 421.

Postrados delante del Señor—“Aquí encontramos una exhibición notable de la ceguera que va a tomar posesión de las mentes humanas que se vuelven de la luz y la evidencia. Aquí vemos el poder de la rebelión endurecida, y cuán difícil es para sojuzgar. Seguramente los hebreos habían tenido la evidencia más convincente en la destrucción de los hombres que les habían engañado; pero todavía quedaron audaces y desafiantes, y acusaron a Moisés y Aarón de matar hombres buenos y santos. ‘Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación’ [1 Samuel 15:23].

“Moisés no sintió la culpa del pecado y no salió con esta palabra del Señor, dejando la congregación a perecer, como los hebreos huyeron de las tiendas de Coré, Datán, y Abiram un día antes. Moisés quedaba, porque no podía consentir con abandonar toda esta vasta multitud a la destrucción, aunque él sabía que ellos merecían la venganza de Dios por su rebelión persistente. El se postró delante de Dios porque el pueblo no sentía la necesidad de la humillación; él intercedió por ellos porque no sentían ninguna necesidad de interceder por si mismos”.—3 *Testimonios*, p. 394.

Listos para matarlo—“Ellos estaban listos a proceder a la violencia contra sus líderes fieles y abnegados.

“Una manifestación de la gloria divina fue vista en la nube sobre el tabernáculo, y una voz desde la nube, habló a Moisés y Aarón, ‘Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento’ [Números 16:45].

“La culpa del pecado no descansaba sobre Moisés, y por lo tanto él no temía y no salió de repente para dejar la congregación a perecer. Moisés se dilataba, en esta crisis terrible manifestando el interés del verdadero pastor por el rebaño que le tocaba cuidar. Imploró que la ira de Dios no destruyera por completo el pueblo de su elección. Por su intercesión el paró el brazo de venganza, para que no hubiera un fin completo para un Israel desobediente y rebelde”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 426.

La hora de partir—“Mientras el pueblo contemplaba al hombre viejo, casi por ser llevado fuera, se acordaron, con nuevo y más profundo aprecio, su ternura patriarcal, sus consejos sabios, y sus labores incesantes. ¡Cuán frecuente, cuando sus pecados habían invitado los juicios justos de Dios, las oraciones de Moisés habían prevalecido con él a perdonarlos! Su dolor fue amplificado por remordimiento. Se acordaban con amargura que su propia perversidad había provocado a Moisés por el pecado por el cual él tenía que morir”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 503.

Finalmente contestada—“Nunca, hasta que ejemplificado en el sacrificio de Cristo, fueron la justicia y el amor de Dios demostrados más notablemente que en sus tratamientos con Moisés. Dios cerró a Moisés fuera de Canaán, para enseñar una lección que nunca debe ser olvidada—que él exige obediencia exacta, y que los hombres deben cuidarse de no tomar para sí mismos la gloria que corresponde a su Hacedor. El no podía conceder la oración de Moisés que compartiera la herencia de Israel, pero no se olvidó ni abandonó a su siervo. El Dios del cielo comprendió el sufrimiento que Moisés había sufrido; había notado cada acto de servicio fiel a través de los años largos de conflicto y prueba. En la cumbre de Pisga, Dios llamó a Moisés para una herencia infinitamente más gloriosa que el Canaán terrenal.

“Sobre el monte de la transfiguración Moisés estaba presente con Elías, quien había sido trasladado. Fueron enviados como portadores de luz y gloria del Padre a su Hijo. Y así la oración de Moisés, pronunciada tantos siglos antes, fue finalmente contestada. El estaba sobre la ‘buena montaña’, dentro de la herencia de su pueblo, llevando testimonio a él en el cual todas las promesas a Israel estaban centradas. Así es la última escena revelada a la vista mortal en la historia de ese hombre tan honrado por el cielo”.—*Patriarcas y Profetas*, p. 512.

Compartieron sus anhelos—“Ahora el cielo había enviado a sus mensajeros a Jesús; ángeles, no, sino hombres que habían soportado sufrimiento y tristeza, y quienes podrían simpatizar con el Salvador en la prueba de su vida terrenal. Moisés y Elías habían sido colaboradores con Cristo. Habían compartido en sus anhelos por la salvación de los hombres. Moisés había intercedido por Israel; ‘Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito’ Éxodo 32:32. Elías había conocido soledad de espíritu, cuando por tres años y medio de hambre había llevado el pesar del odio y de la tristeza de la nación. Solo quedó firme por Dios sobre el Monte Carmelo. Solo huyó al desierto en angustia

y desespero. Estos hombres, escogidos por cima de cada ángel alrededor del trono, vinieron para tener comunión con Jesús sobre las escenas de su sufrimiento, y para consolarlo con la certeza de la simpatía del cielo. La esperanza del mundo, la salvación de cada ser humano, fue el peso de su entrevista”.—*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 391.